

PEDRO CASALDÁLIGA
MIS CAUSAS VALEN MÁS
QUE MI VIDA

Dirección y producción: Ignasi Ametlla
Texto: Liana Castello
Ilustraciones: Miguel Berzosa
Adaptación: Anna Martorell y Jordi Curbet
Maquetación: Núria Comes
Corrección lingüística: Jordi Curbet

© Ignasi Ametlla i Guxens
Difusión Publicaciones y Vídeos
correo@difusionpv.com - Tel. (0034) 619 224 555
www.difusionpv.org

Impresión: Cevagraf, SCCL
Depósito legal: B. 7950-2022
ISBN: 978-84-125247-1-0
Primera edición: Marzo 2022 - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación en un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por video, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Pedro Casaldàliga

*Mis causas valen más
que mi vida*



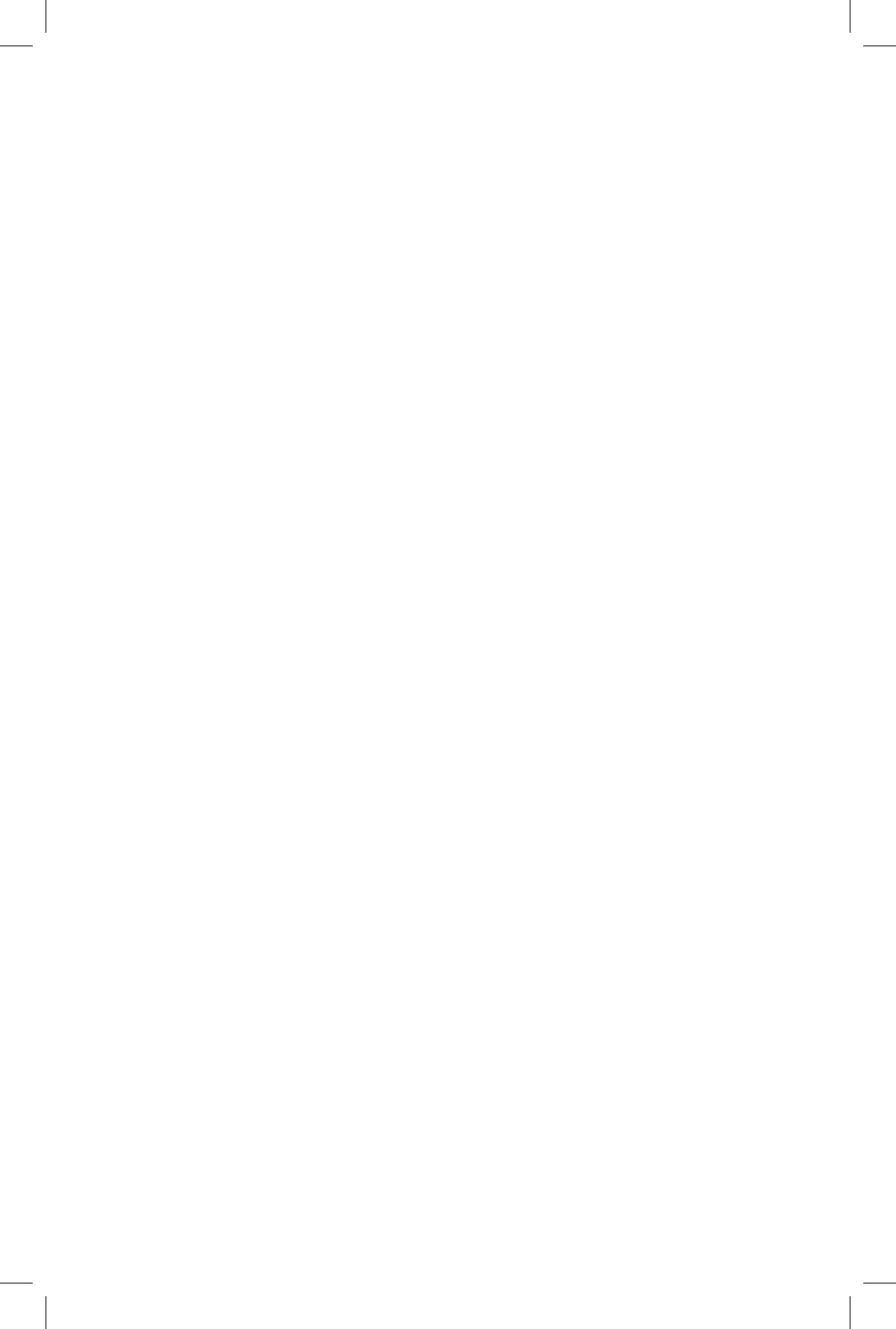
difusión

PEDRO CASALDÀLIGA PLA
(1928 - 2020)



ÍNDICE

- El obispo de los pobres, 7
- Mis primeros años, 9
- Mi sacerdocio, 19
- Guinea: naturaleza rica y hermanos pobres, 25
- Maestro en el seminario, 35
- La tierra roja, 43
- Un obispo en chanclas, 53
- Un obispo decidido a todo, 63
- Incansable, 71
- Escribir: mi otra gran vocación, 81
- La huella de Pedro, 89



EL OBISPO DE LOS POBRES

Pedro Casaldáliga fue un sacerdote y misionero catalán que abrazó el Evangelio como pocos. Acogió a pobres, desvalidos y humillados, y dedicó todos y cada uno de sus días a luchar por sus derechos.

Sencillo y humilde, a la vez valiente y decidido, abrazó no solo a una población desamparada, sino a una causa justa que hizo propia.

Siguiendo los pasos de Jesús, en la más absoluta sencillez y sin necesidades materiales, su paso por este mundo es una clara muestra de lo que significa el mensaje de Cristo. Pocos lo han entendido como él.

El padre Pedro Casaldáliga, el obispo de los pobres, como se le conoce, nos cuenta su vida.

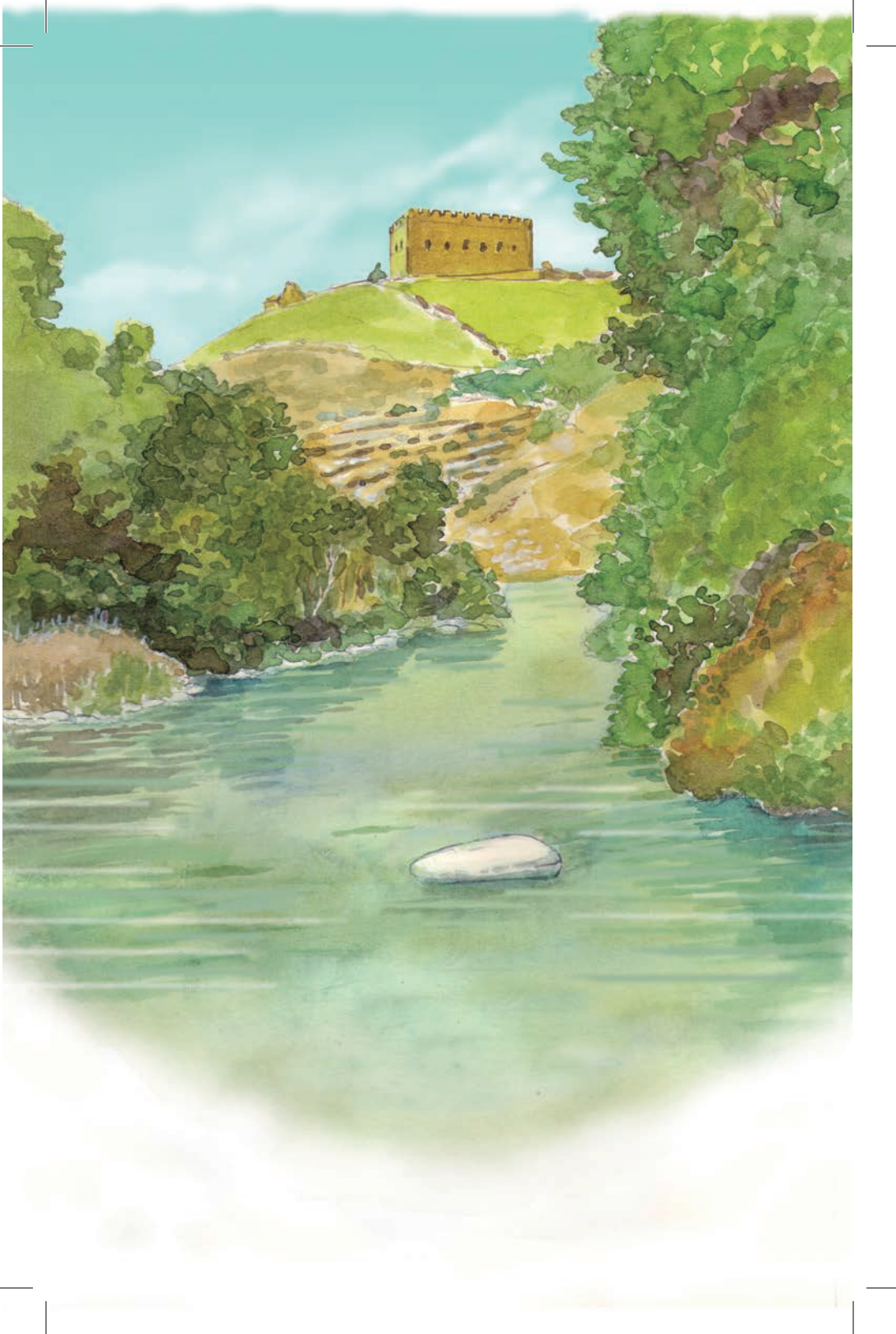



MIS PRIMEROS AÑOS

Nací el 16 de febrero de 1928 en una villa industrial y minera de Cataluña llamada Balsareny, un lugar con muchos árboles y de unos cinco mil habitantes. Mi casa, sencilla y humilde, se encontraba en la ribera del río Llobregat. Mis padres me pusieron el nombre de Pere, pero muchos me conocen como Pedro.

Me cuentan que nací con poco peso; de hecho, siempre he sido delgado, pero crecí sano y con la fuerza suficiente para hacer cosas. Desde pequeño tuve un carácter vehemente, algunos dicen que me gustaba llevar la contraria, aunque yo creo que solo quería expresarme y así lo hice siempre.

Mis padres eran campesinos, gente sencilla que criaban vacas y vendían leche a los veci-





nos del pueblo. Teníamos vacas, algún cerdo, pollos y un pequeño huerto. Mi padre se ocupaba del huerto y de los animales. Crecí en contacto con la naturaleza, aprendí a amarla y valorarla, a apreciar el maravilloso milagro que Dios ofrece en cada una de sus creaciones.

En mi pueblo había un castillo muy antiguo y me encantaba ir a jugar por sus alrededores con otros niños; lo que no me gustaba era ver a mis amigos pelearse entre ellos, y eso a veces sucedía. Cada vez que se iniciaba una discusión, por cosas sin importancia, me sentía incómodo. En esos momentos, trataba siempre de calmar la situación y reconciliar a mis amigos. Nunca me gustó la violencia.

Mis padres eran católicos y desde muy pequeño sentí la fe dentro de mí, no solo porque ellos me la inculcasen, sino porque yo siempre sentí que estaba conmigo.

Nací en un momento muy difícil en la historia de mi país, la guerra civil española. Aún puedo recordar el temor y la tensión de esos días, el rostro asustado de mis padres, mis familiares y de la gente que me rodeaba. Las ventanas de mi casa siempre estaban cubiertas y yo no entendía por qué. El ambiente que

se vivía en mi hogar muchas veces era gris, y aunque era un momento triste, como toda guerra, pude sacar de esos días algunas enseñanzas.

Con la guerra aprendí a escuchar a la gente mayor, que contaba cosas muy graves. Aprendí a escuchar y también a callar, como hacían ellos. A veces, había que callar para no poner en peligro a otra persona, y yo, que creo más en las palabras que en el silencio, en esos momentos también lo guardaba por el bien de otros.

La Iglesia pasaba por un momento muy duro, muchos sacerdotes tuvieron que esconderse o refugiarse en sitios donde no pudieran encontrarlos, porque los perseguían.

Cuando escuchaba a los mayores hablar de la persecución de los sacerdotes, yo me sorprendía y me preocupaba por lo que estaba pasando.

Creo que, en esos primeros años, difíciles para todos, nació dentro de mí no solo la fortaleza de la fe, sino el sentido de justicia e igualdad para todos, algo que marcaría mi vida para siempre.

Mi familia, como otras, vivió algo muy triste y doloroso. A mi tío Luis, que era sa-



cerdote, lo asesinaron junto con otros compañeros justo cuando estaba llegando a su escondite. Creo que sentir esa tristeza, la injusticia y ver el dolor en el rostro de mis padres me motivó también a seguir el camino que mi tío no había podido recorrer hasta el final. Quería mucho a mi tío, estábamos muy unidos, y por eso también tomé la decisión de seguir sus pasos. Mi abuela Francisca, a quien quería mucho, fue la primera en darse cuenta de mi vocación.

Fueron años muy duros para todos; yo seguía siendo un niño, pero, ya de mayor, tuve la inmensa suerte de ser monaguillo. En las misas que podían darse, sentía una felicidad muy grande al estar tan cerca de Dios ayudando al sacerdote en la misa. Disfrutaba mucho estando en la iglesia y con los sacerdotes. Comencé así a familiarizarme con los sacramentos, con la palabra de Dios.

Durante esos momentos felices en los que me encontraba más cerca de Dios, confirmé que quería dedicarle mi vida por completo.

Ya terminada la guerra y con solo once años, les dije a mis padres que quería ser sacerdote. Sabía que les gustaría la idea y yo es-

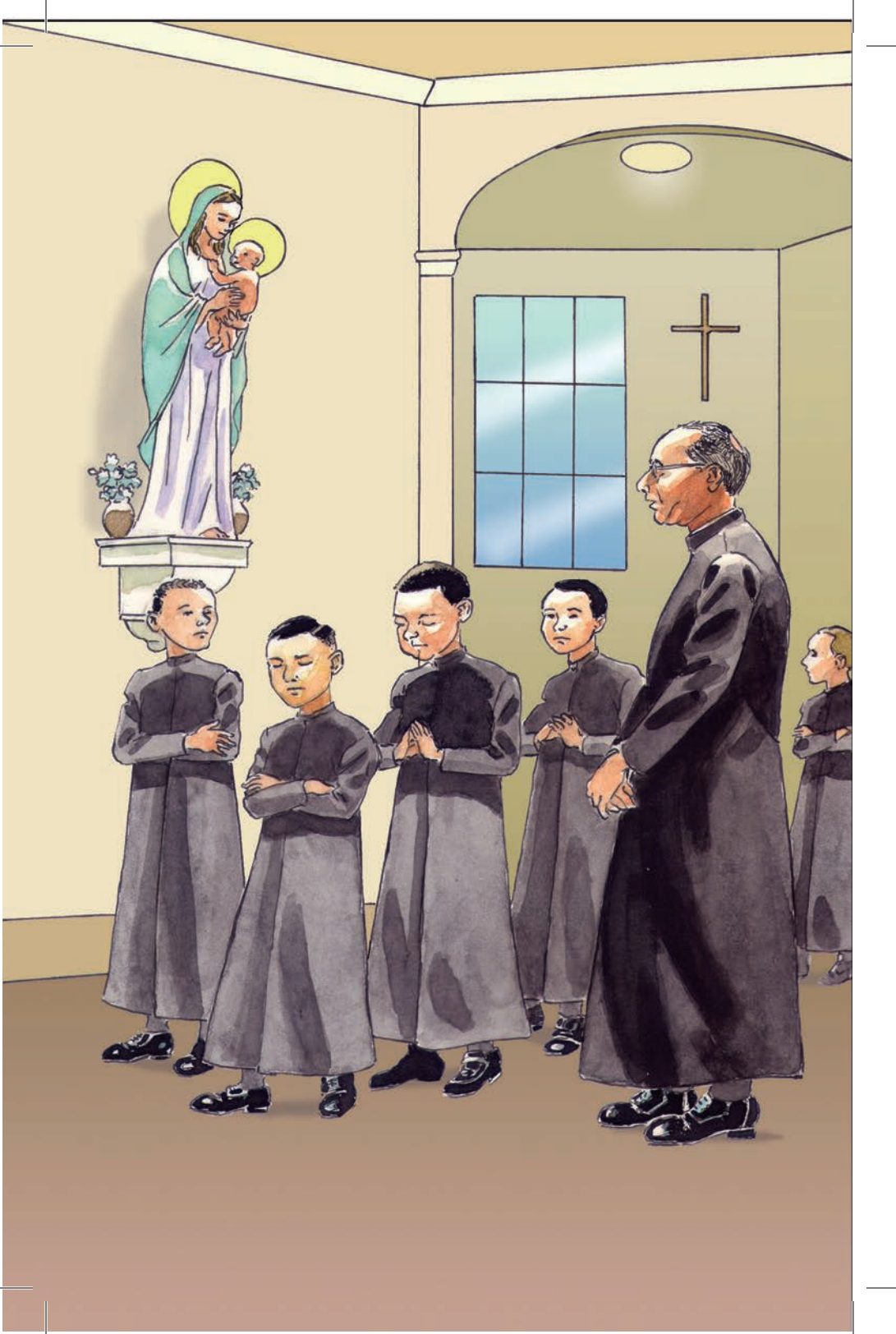
taba muy convencido de lo que quería hacer de mi vida. De hecho, mi padre, Luis, había sido seminarista en su juventud; era evidente que dedicar nuestra vida al Señor estaba en nuestros genes.


Les dije: «Quiero ser misionero de Dios, también». Y el rostro se les iluminó de alegría.

Mis padres no dudaron un momento en decirme que sí; sabían que yo ya había abrazado a Jesús y que mi camino era seguirlo.

A los doce años, dejé mi pueblo acompañado por mi padre, pasé unos días en el seminario de Cervera. Allí los superiores consideraron que era bueno que fuera a Alagón para continuar con mi formación y al cabo de poco ingresé en el seminario de Vic, una localidad cercana a donde vivía. Pasado un tiempo y como mi verdadera vocación era la de ser misionero, ingresé en la congregación claretiana de los Misioneros del Inmaculado Corazón de María. Si bien siempre fui feliz en mi hogar, sentí que esa congregación era en ese momento también mi familia y sus techos y paredes, mi hogar.

Mis años de formación fueron increíbles, todo lo aprendía con ganas y entusiasmo. Los



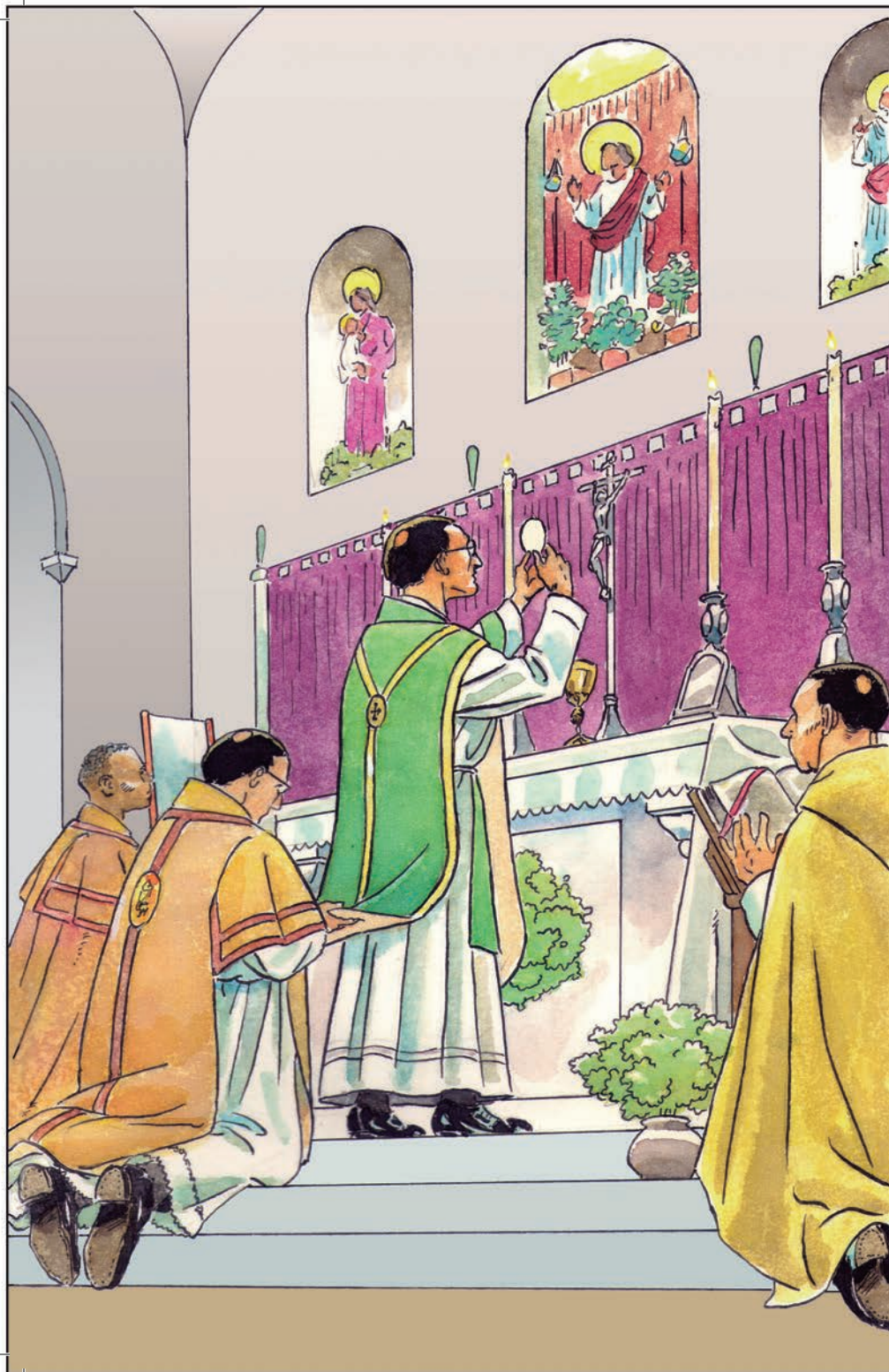


hermanos claretianos tienen vocación misionera, por eso me uní a ellos, y creen en el trabajo en comunidad, algo en lo que yo creía también y que luego, cuando ya fui mayor, puse muy en práctica.

En esos años, no solo abracé mi vocación de misionero, sino la de poeta; siempre me gustó expresarme y escribir poemas.

Fue un tiempo de mucho aprendizaje y ya estaba listo para salir al mundo a misionar, a escribir, a trabajar por los más necesitados e indefensos.

De la mano de Dios, comenzaba mi camino del sacerdocio.





MI SACERDOCIO

Mi camino como sacerdote comienza un feliz día del 31 de mayo del año 1952.

Ese maravilloso día, a la edad de veinticuatro años, fui ordenado sacerdote durante el Congreso Eucarístico de Barcelona, en el Estadio de Montjuïc. Recuerdo la felicidad de ese día y el momento en el que monseñor Abel Antezana me dio su bendición. No era yo solo quien entregaba su vida al Señor; otros novecientos jóvenes de todo el mundo lo hacían también en la misma ordenación.

La primera vez que celebré misa, también a los veinticuatro años, fue muy especial; se celebró en el santuario del Corazón de María, en Barcelona.

Comenzó así un camino que jamás se detendría, con sus vaivenes, con momentos bonitos o felices y otros no tanto, pero que siempre recorrí con amor y vocación de servicio a los demás.

Era joven, tenía el sueño de cambiar el mundo y de expresar mis inquietudes. Buscaba una espiritualidad que tuviera sentido y compartí esa búsqueda con amigos que me acompañaron en el camino.

Siempre me gustó escribir, era también mi otra gran vocación y siempre creí que la palabra tiene el poder de cambiar las cosas y de ayudar. Escribía mucho, desde artículos para revistas o programas de radio hasta poemas. Desde joven me gustó la poesía y encontré en ella otra forma de expresarme.

Así, impulsado por mi afán de escribir y comunicar, fundé y dirigí publicaciones, como la revista *Euforia*, palabra de origen griego relacionada con la perseverancia. Siempre he sido muy perseverante, por eso elegí ese título para la revista.

Siempre creí que hay que ser lo que se es, hay que hablar de lo que uno cree, creer lo que se predica y vivir lo que se proclama hasta

las últimas consecuencias. Incluso escribí un poema sobre ello.

Para mí, la palabra escrita también es una forma de profesar la fe y una de las formas que encontré para llevar a cabo mi sueño de reformar la Iglesia y el mundo, o al menos intentarlo.

Desempeñé mis primeras tareas como sacerdote en Sabadell, Barcelona, Barbastro y Madrid. Uno de esos primeros destinos —Sabadell, una ciudad catalana— me marcó profundamente. Era una ciudad poblada de obreros y emigrantes, muchos de los cuales trabajan en fábricas textiles. Comencé así a ver la realidad de la gente humilde, trabajadora y obrera. Me sentía muy unido a ellos, a sus necesidades y carencias, a su vida difícil, de mucha lucha y trabajo, tanto que recuerdo que me llamaban el padre de los desvalidos, un apodo que tomé con orgullo y compromiso.

Me asignaron dar clases en el colegio claretiano, que, por aquel entonces, se llamaba del Corazón de María; era un trabajo de diez horas diarias, pero me encantaba y lo disfrutaba.

A pesar de que no me quedaba mucho tiempo libre, el que tenía era para dedicarme

a escribir, aunque fuera de madrugada. Escribía programas de radio, artículos para revistas, poemas y todo aquello que mi corazón me dictaba y quería comunicar.

Al cabo de un tiempo, salí de Sabadell y llegué a Barcelona. En esta ciudad desarrollé muchas actividades pastorales. La escritura fue siempre mi compañera, eso jamás cambió cualquiera que fuese mi destino; las otras actividades sí variaban.

22

En Barcelona me asignaron los llamados Cursillos de Cristiandad. También escribí un programa de radio semanal, que retransmitían varias emisoras, y colaboré en distintas publicaciones gráficas. Aun así, tan ocupado como estaba, jamás me olvidé de los más desvalidos, de aquellos que estaban desprotegidos. Junto a otras personas solidarias, organizamos una bolsa de trabajo que logró dar un trabajo digno a más de quinientos jóvenes. También abrimos un local con duchas y ropa en el Casal Claret, y organizamos una escuela nocturna y gratuita para los jóvenes sin estudios.

Fui responsable de muchas y diferentes actividades, siempre con el objetivo de trabajar

por los más necesitados, por aquellos de los que otros se olvidaban, y esto me hacía muy feliz.

Desempeñé algunos cargos dentro de la comunidad claretiana: formador, dirigiendo algunas revistas; también fui responsable del Seminario de Barbastro.

Mi visión de la Iglesia no era la de todos, la usual, por decirlo de algún modo; yo he creído siempre en una Iglesia libre, pobre y sin jerarquías impuestas. Creí en una nueva manera de hacer comunidad y aposté por ella.

Siempre amé los desafíos y si bien no fueron pocos los que tuve después de ordenarme sacerdote, pronto me esperaba uno nuevo y muy lejos de mi tierra, un destino en un lugar muy lejano que me estaba esperando.



GUINEA: NATURALEZA RICA Y HERMANOS POBRES

25

Me destinaron a Guinea Ecuatorial, por aquel entonces una colonia española en África, en 1961 y con poco más de treinta años.

Tenía una misión: me habían encomendado impartir los llamados Cursillos de Cristiandad. Llegar a esas tierras tan lejanas definió el sentido de mi ministerio y marcó también el rumbo de mi vida.

Junto a mis compañeros Eduardo Bonin Aguiló y José María Casas, llegué con mucha alegría a este destino en principio incierto y tan desconocido. Íbamos llenos de esperanzas de poder servir a sus habitantes y llevarles la palabra de Dios.

Nos establecimos en la Escuela de Servicio Agronómico. Era todo tan diferente a nuestro país, tan distinto a los lugares donde habíamos estado que a veces la esperanza, nuestros planes y sueños se mezclaban con el temor y el desconcierto. Juntos compartimos, en el comienzo de este desafío, oraciones, risas, incertidumbre y también alguna que otra lágrima.

26

Sin embargo, el miedo jamás nos detuvo; pudieron más las ganas y los anhelos, y logramos así revolucionar la práctica de ese tipo de misiones al impartir los cursillos tanto a personas blancas como a personas negras. En esa época existía la discriminación, las personas negras no tenían acceso a muchas cosas, las mujeres tampoco y nosotros decidimos cambiar eso y realmente fue un gran logro hacer desaparecer ese tipo de distinciones.

No eran pocos los que creían que nuestra propuesta y forma de hacer las cosas no funcionaría. No entendían por qué queríamos a todos los hermanos unidos sin que importara el color de su piel.

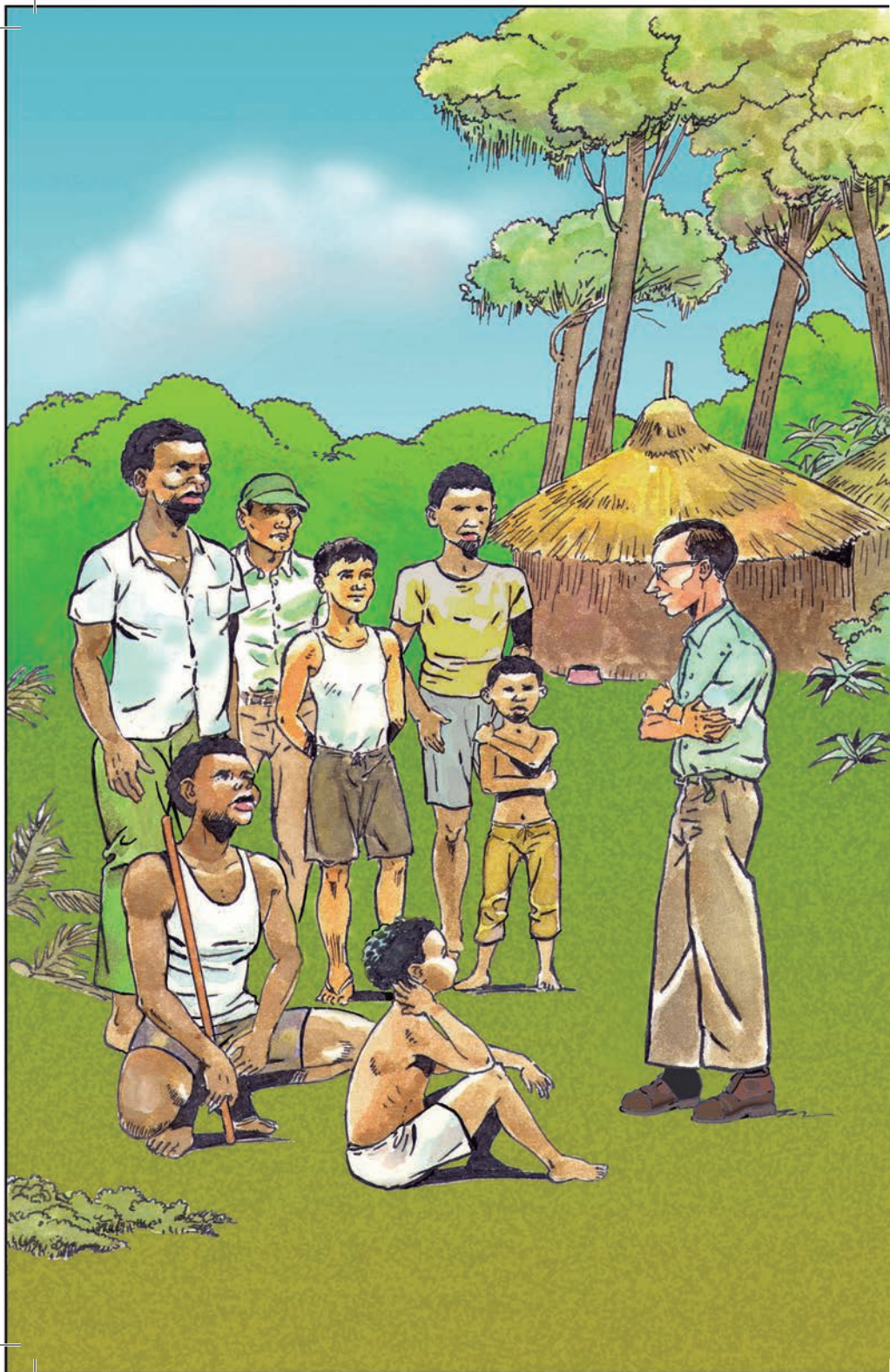
Recuerdo que habíamos impuesto un lema, «¡O café con leche o nada!», y fuimos a por más: no solo impartimos los cursillos a blan-


cos y negros, sino también a civiles y militares, a personas con educación y a quienes no la tenían, a gente de fe y gente atea también. Siempre creí en la unión y no en las diferencias; Dios no sabe de colores, nos ama a todos por igual, sepamos leer o no, creamos o no. Si Dios no hace distinciones, ¿por qué habríamos de haberlas hecho nosotros?

Comenzamos con un cursillo experimental en un albergue de Musola; luego, los tres primeros los impartimos en Sevilla de Niefang; el cuarto, en la pomposa Escuela de Artes y Oficios de la ciudad de Bata. Cada cursillo duraba de tres a cuatro días.

Con mucha felicidad íbamos viendo que el número de estudiantes negros aumentaba. Era la señal que necesitábamos para confirmar que estábamos en el camino correcto, el de la unión. Primero tuvimos cinco alumnos, luego siete, quince, dieciocho y hasta veintidós. Era para nosotros un sueño hecho realidad; nuestros cursillos eran para todos, sin distinciones.

Otra señal del éxito de esa misión fue que pudimos llegar a varias ciudades: Bata, Bokoko, Santa Isabel (hoy llamada Malabo y





actual capital de Guinea Ecuatorial), Miko-
meseng (en la frontera con Camerún) y tam-
bién Añisoc. Todas esas ciudades eran muy
lluviosas y solía haber tornados, pero ni a mis
compañeros ni a mí nos importaba. Siempre
he sentido que tanto la lluvia como el sol son
bienaventuranzas.

He de decir que las condiciones de ese nue-
vo lugar que se había convertido en nuestro
hogar no eran fáciles. Había muchos mosqui-
tos (transmisores potenciales de enfermeda-
des) y el agua era de muy mala calidad, pero
tales circunstancias no nos preocupaban.

Había algo que me llamaba la atención,
algo que parecía muy contradictorio: África
era de una belleza exuberante, deslumbrante,
grandiosa. Sus paisajes eran magníficos y su
gente... Sus habitantes eran pobres, tan pobres
que vivían esclavizados una vida miserable
mientras habitaban un suelo deslumbrante.

Recuerdo haberme preguntado por qué
las personas no se veían como su suelo, como
ese bello continente. Cada camino que re-
corrí me llenaba el alma de la belleza de la
obra del Señor. Todavía recuerdo pasear por
Sevilla de Niefang y maravillarme con lo

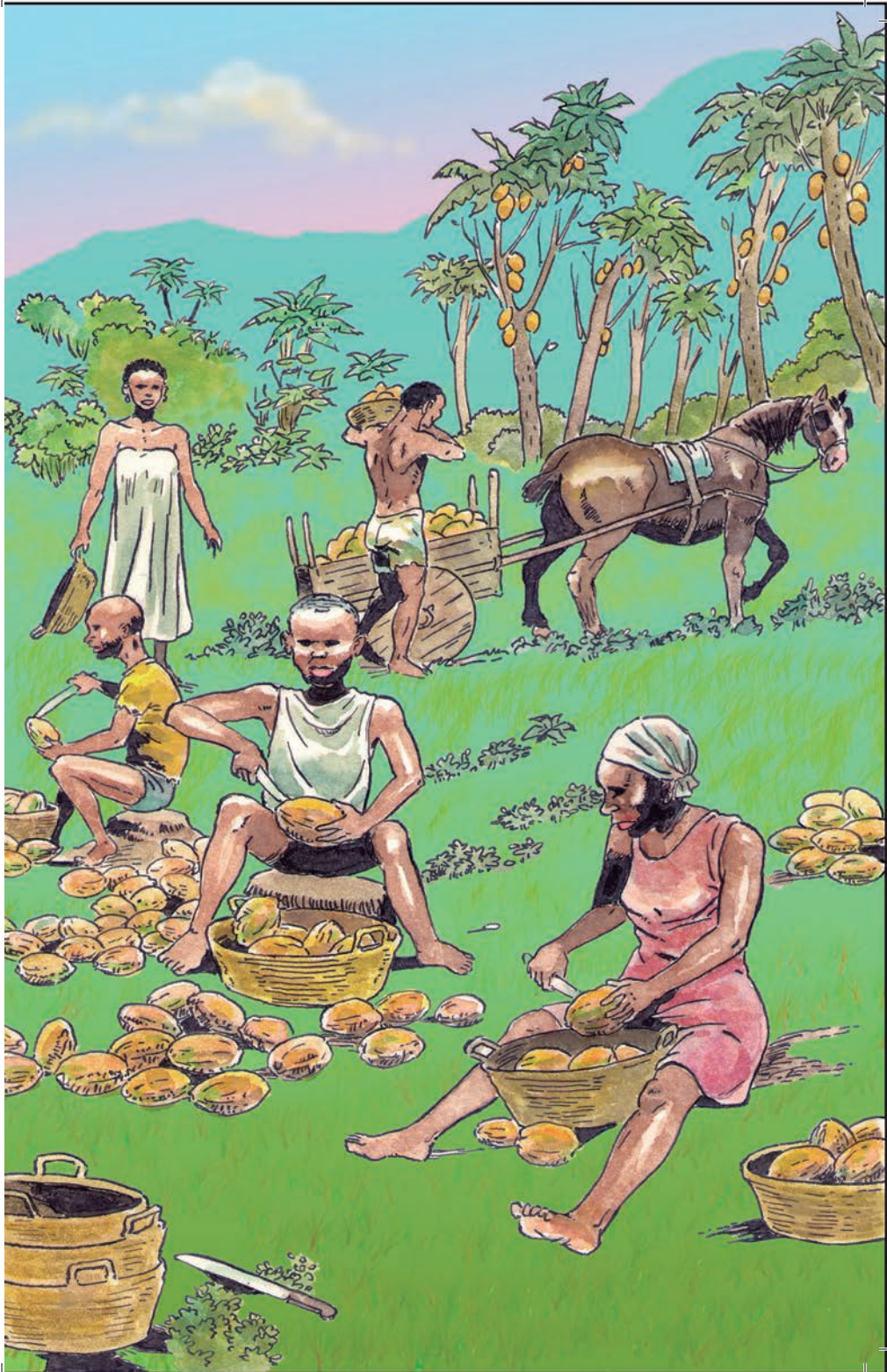
que veía: las plantas, los elefantes, los gorilas. Todo allí hablaba de abundancia en lo que a naturaleza se refería. En Musola visité las plantaciones de cacao, subí montañas, acaricié todos los caballos que quise. Ese suelo ofrecía mucha riqueza, pero me entristecía la pobreza de su gente.

Era tan dura la vida que vivían sus habitantes que caló en mi alma y en mi comportamiento para siempre; podría decir que ese fue mi primer gran contacto con el tercer mundo y que allí me di cuenta de que el modelo tradicional de Iglesia que hasta el momento yo conocía no satisfacía las necesidades de ese mundo tan castigado. Ese tercer mundo me estaba llamando a hacer algo y yo no desoiría su voz.

No fue demasiado mi tiempo en África, pero sí lo suficiente para dejar mi corazón allí, para amarla tanto que siempre deseé volver y morir en esa tierra.

Durante mi estancia en Guinea seguí escribiendo. La escritura forma parte de mí, como la fe, pero no solo escribí lo que sentía yo, sino algunos testimonios de personas que asistieron a los cursillos y que me llenaron el





alma de felicidad. Yo los denominé «Testimonio de fuego».

Recuerdo una mujer que me dijo: «Ha sido un volver a nacer. Vine sin Cristo y me voy con él». Un hombre me comentó: «Ahora sé qué es ser cristiano»; otro: «Es la primera vez en treinta y seis años que he encontrado a Cristo con cariño». Un soldado dijo que le había sucedido algo extraordinario y ese algo era Jesucristo. Otros llegaron a decir que los cursillos habían sido un pequeño cielo, donde se amaban unos a otros; que les habíamos presentado a un Jesús vivo a quien habían aprendido a amar y al que querían servir toda su vida.

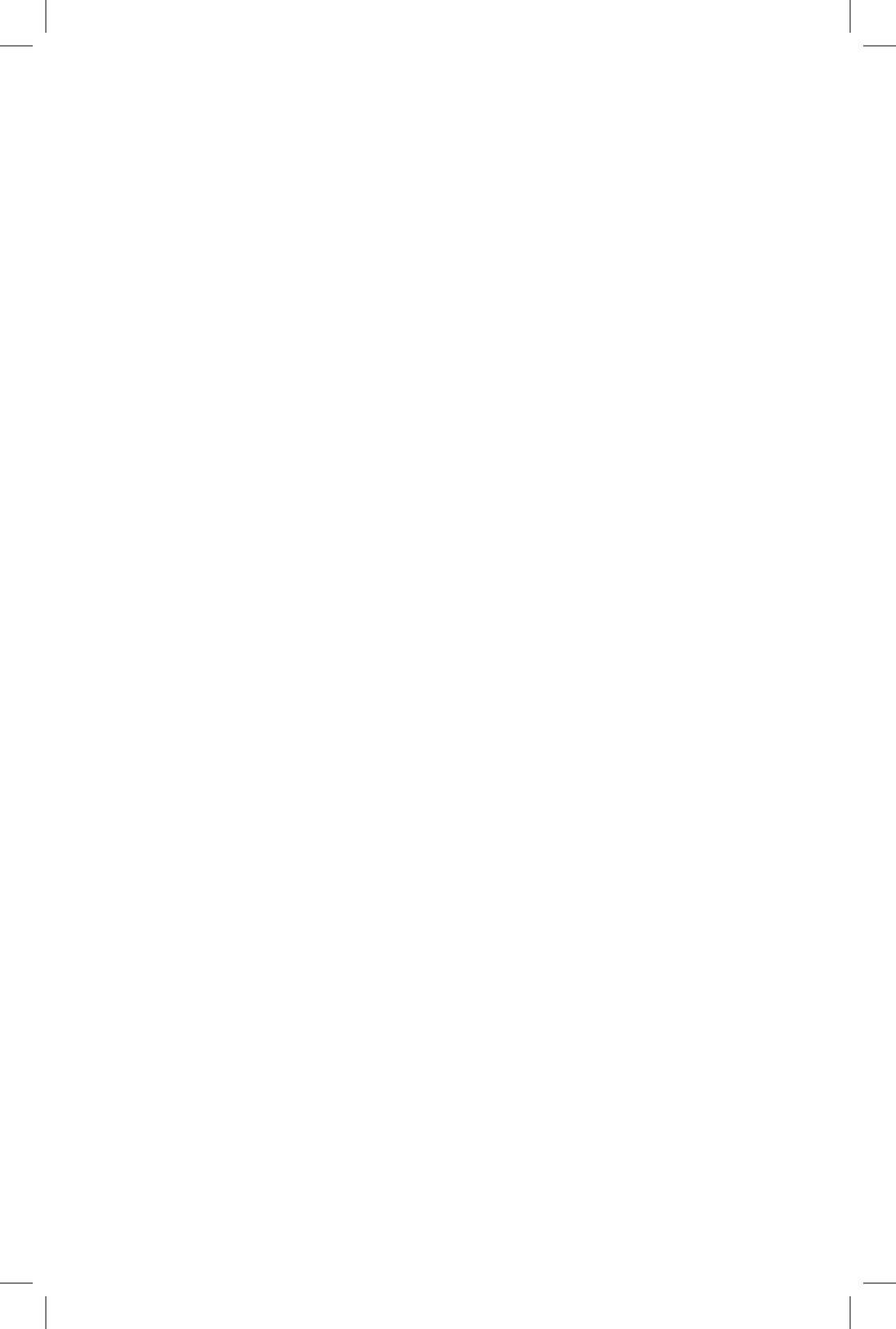
¡Nos sentirnos felices con la tarea que habíamos hecho! Todo esfuerzo o sacrificio durante el tiempo en las tierras africanas había valido la pena. La gente, sin distinguir su color, oficio y nivel de educación, había aprendido a amar a Jesús.

Todas estas sensaciones tan plenas cambiaron la vida de quienes asistieron a los cursillos, pero también cambiaron la nuestra. Dar y recibir transforma al que da y al que recibe; hablar de Dios y su amor transforma al que escucha

y al que dice. Claramente, nadie fue la misma persona antes y después de los cursillos.

Después de unos meses, tuve que despedirme de África para seguir otros caminos, pero llevé dentro del corazón y para siempre ese tercer mundo que tanto me marcó, a los pobres de la tierra y el sueño de una Iglesia nueva.

El lema del café con leche guiaría para siempre el curso de mi ministerio, mi vida y mis afectos.



MAESTRO EN EL SEMINARIO

35

Pasados seis meses de regresar de Guinea, ya quería volver a esas tierras tan amadas, incluso tenía los pasajes comprados, pero Dios tenía otros planes para mí.

Fui designado para encargarme del Seminario Claretiano de la ciudad de Barbastro, en Huesca, tierras donde se cultivan olivas y almendros.

El seminario tenía su sede en un viejo case-rón. Mi vida allí no se parecía a la de Guinea, la disciplina era otra; volví al cilicio, las vigilas y los ayunos. De todos modos, mi espíritu no había cambiado y algunas prácticas adquiridas en tierras africanas siguieron acompañándome tales como moverme con más libertad para estar cerca de la gente. Tenía una respon-

sabilidad como educador de los seminaristas que allí vivían y la cumplía con amor, pero no estaba de acuerdo con ciertas cosas.

No me gustaba ver en las aulas flores de plástico; amo la naturaleza real, la que Dios creó. Saqué de cada aula todo lo que fuese artificial; para mí todo tenía que tener vida. También quité del altar de la capilla algunas imágenes de santos. En una ocasión, me definí como un iconoclasta (son las personas que pertenecen a un movimiento cristiano que rechaza el culto a las imágenes sagradas). Creo que la Iglesia tiene que ser sencilla y natural, tal como Dios nos hizo.

No fue fácil mantener un equilibrio entre la disciplina que debía impartir en el seminario y mi espíritu de cambio y rebeldía. Yo ya sentía vibrar dentro de mí la influencia del Concilio Vaticano II (es la asamblea, convocada por el papa, de obispos y superiores generales de congregaciones de la Iglesia católica, en la que también asistieron miembros de otras confesiones religiosas cristianas), se estaba gestando algo nuevo y yo quería imprimir en mis alumnos parte de esa rebeldía, lo que me causó algún que otro problema.

El Concilio supuso una revolución histórica para la Iglesia. De ese encuentro surgieron nuevas teologías. Se manifestó una conciencia clara de la necesidad de renovar profundamente el ministerio de Pedro, quien pensó una iglesia para todos, cerca de la gente que más lo necesita, cerca de los desprotegidos, un ministerio al servicio de los pobres y se consideró cada vez más necesario el diálogo entre la Iglesia y el mundo.

37

Si bien no participé del Concilio Vaticano II y tampoco de la Conferencia de Medellín, celebrada en Colombia después del Concilio, me aferré a lo que se había planteado en ambos y me adherí a ello con el corazón: una nueva Iglesia que no pensara tanto en el poder sino en los pobres. Una Iglesia que estuviese más cerca de los necesitados y humildes. Recuerdo que en el encuentro de Medellín, sentí la presencia del Espíritu Santo como si ese bendito Espíritu hubiese venido a soplar vientos nuevos y buenos para nuestra Iglesia. Vientos de benevolencia, de piedad y solidaridad hacia el necesitado y hacia una Latinoamérica algo castigada.

Ese soplo que para mí se asemejaba al Espíritu Santo, esos nuevos vientos que se aveci-

naban hablaban de una Iglesia humilde, cuyo poder estuviese en enfocarse en quien lo necesita, donde no primasen las jerarquías sino el amor y el servicio. Una Iglesia cercana al cristiano, en la que el mejor título fuese el de ser hermano de los hermanos, tan simple y bello como eso. Ese encuentro hizo que se replanteara la visión de muchas cosas, el Vaticano II se preguntaba —por aquel entonces— «Iglesia de Dios, ¿qué dices de ti misma?». Con esa pregunta cabía reflexionar acerca de la realidad de ese momento y cambiar lo que fuese necesario para estar más cerca de la gente, del cristiano, del hermano.

Disfrutaba mucho de la compañía de mis alumnos, hacíamos largas caminatas que nos ayudaban a reflexionar e intercambiar opiniones.

Al cabo de un tiempo, de nuevo Dios pensó en otro destino para mí. Esta vez era Madrid, la gran ciudad, y mi misión consistiría en dirigir una revista católica llamada *El Iris de Paz*. La idea me entusiasmó, porque siempre me gustó escribir y comunicar. Para mí la revista era simplemente *Iris*, así la llamaba yo y también le puse un subtítulo: «Revista de

testimonio y esperanza». Encontré en ella un lugar más en el que volcar mi espíritu rebelde, pero no me resultó nada fácil. Nunca fui de prestar demasiada atención a los comentarios y con pasión me gustaba volcar mis ideas, aunque fueran contrarias a muchos; esto me acarreó algunos inconvenientes. Mis ideas, muchas veces, molestaban y hasta fui cesado por un tiempo por expresar en la revista mi sentir y mi pensar.

Realmente disfrutaba de esta nueva misión que Dios me había encomendado. Otra cosa que me hacía feliz era recibir a alumnos universitarios inmigrantes; ellos me remitían a mis tiempos en Guinea Ecuatorial.

En 1967 participé de una asamblea general de la Congregación Claretiana (mi congregación) que se llevó a cabo en Roma. Ese año se vivía un clima diferente; la revolución cubana se hacía sentir y la guerra fría también. Eran momentos algo convulsionados, en los que muchas voces se hacían escuchar, en los que las palabras *comunismo* y *capitalismo* comenzarían a usarse mucho.

Las diferencias no solo existían en el mundo; dentro de mi congregación también las



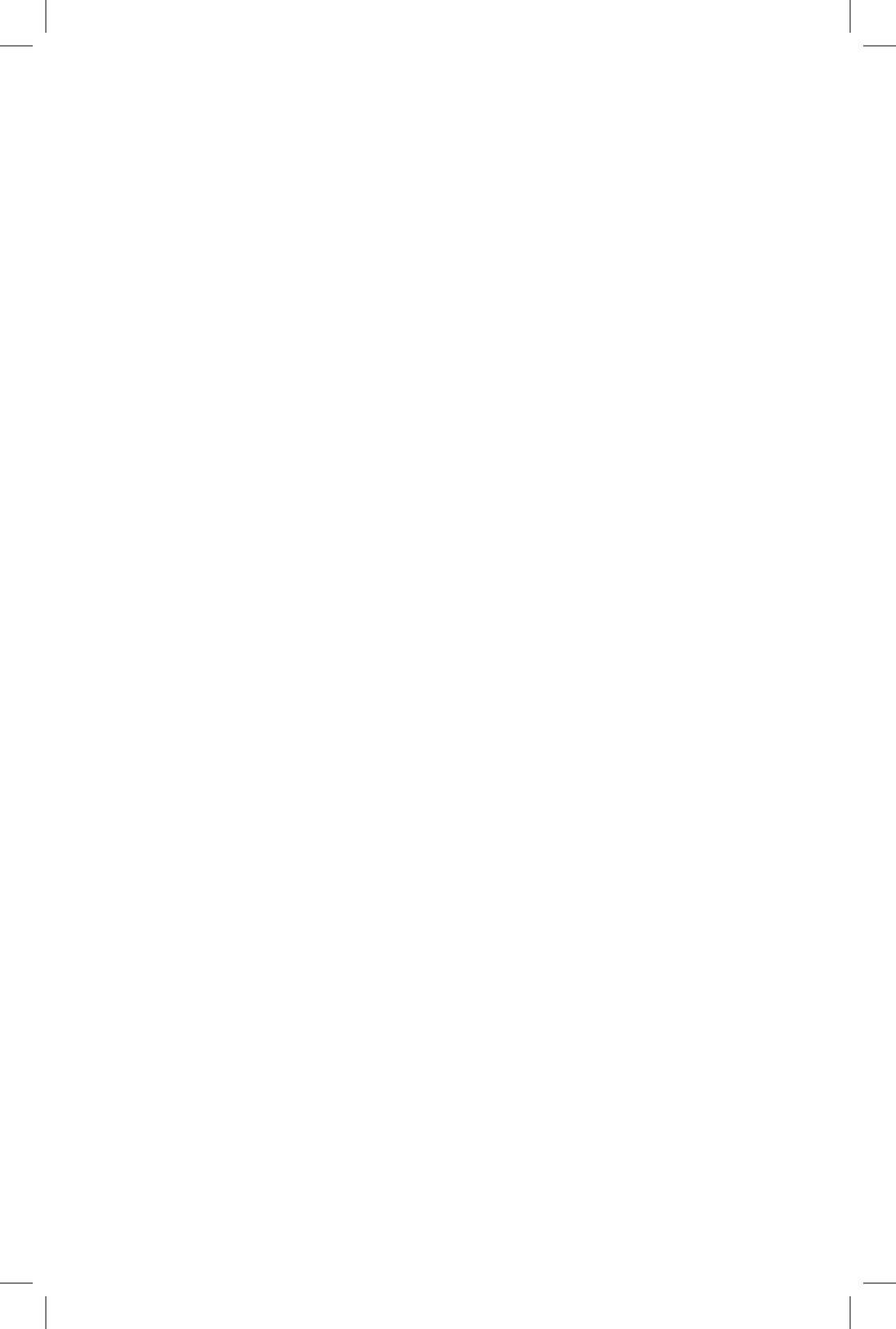
vivíamos, pues no todos pensábamos igual. Yo me inclinaba por la Iglesia propuesta por el Concilio Vaticano II, una Iglesia humilde, de la gente, sin oros ni brillantes; una Iglesia de los pobres como lo fue Jesús, sin lujos, títulos ni estridencias. Así, la celda donde mi grupo y yo nos alojamos llegó a llamarse «Sierra Maestra» y a mí me apodaron Che Guevara, el líder de la revolución cubana al que habían asesinado.

En este encuentro celebrado en Roma, nos notificaron una nueva misión a la que, como a todas, habría que ponerle el alma, el cuerpo y el corazón.

La propuesta era ir de misionero a Brasil, una tierra lejana y desconocida como en su momento lo fue Guinea. No lo dudé y me ofrecí como voluntario junto a mi compañero Manuel Luzón.

Lo que me esperaba en el otro lado del océano sería tan impensado como hermoso, tan difícil como necesario, tan apasionante como desafiante.

Y así, mi vocación misionera, mi corazón y yo partimos a Brasil.



LA TIERRA ROJA

43

Antes de partir hacia Brasil, me despedí de toda mi familia, visité a todos mis parientes, incluso los que vivían muy lejos. En ese momento no pensé que no volvería a verlos, que jamás regresaría a mi tierra, pero así fue. Dios había decidido que Sao Félix sería para siempre.

El 26 de enero de 1968 llegué a Río de Janeiro. Allí asistí a un curso preparatorio de cuatro meses en el Centro de Formación Intercultural de Petrópolis. Nos enseñaban sobre este nuevo país tan desconocido para mí, sobre sus costumbres y su gente. No digo que el curso no fuese útil, pero nada de todo lo que hubiera aprendido allí podría haberme preparado para la tarea a la que iba a enfrentarme.

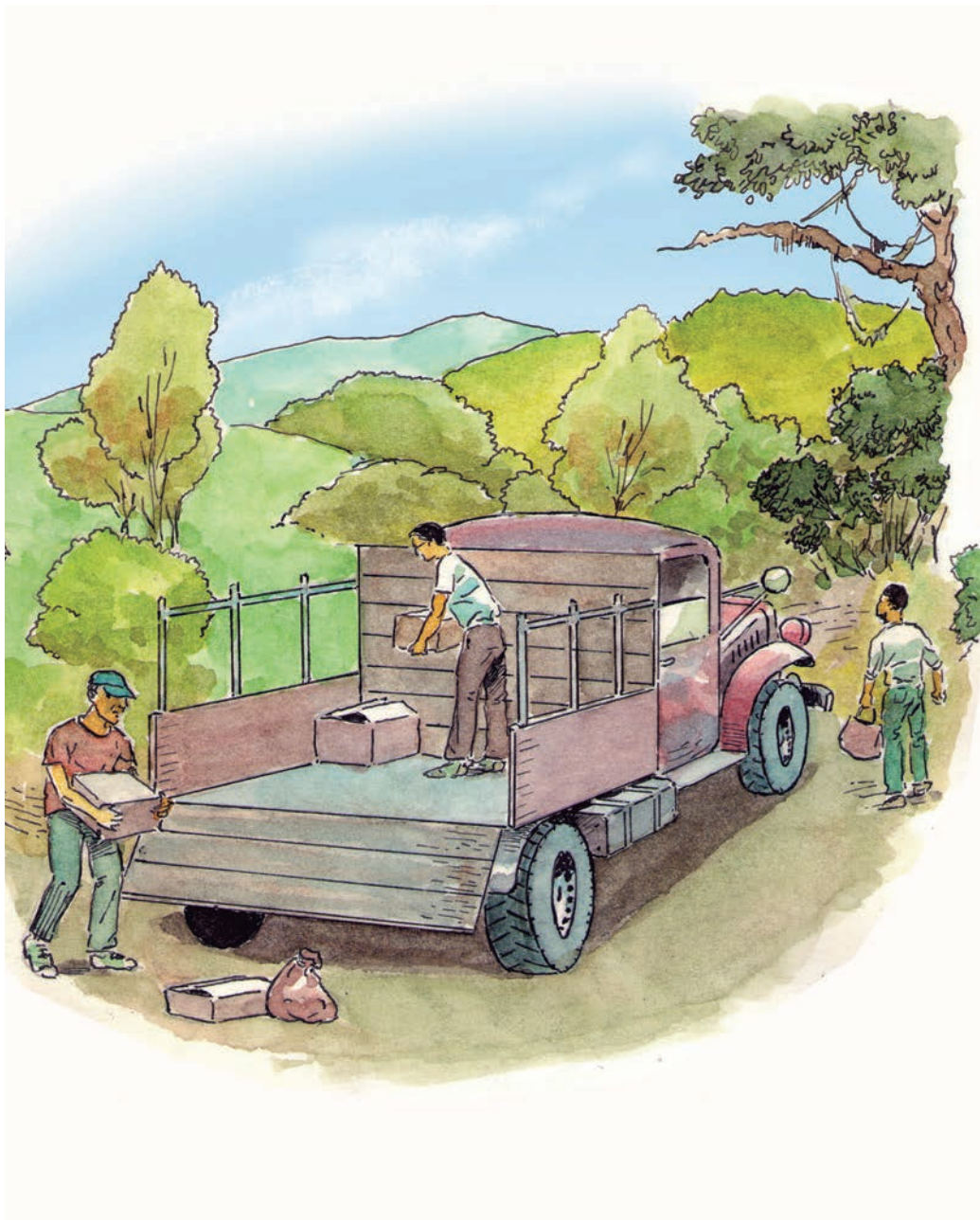
Luego pasé un mes y medio en Sao Paulo, lugar donde visité hospitales, estudié sobre las enfermedades típicas del lugar y me preparé para mi misión en Sao Félix do Araguaia. La realidad con la que me topé fue mucho más dura de lo que podría haberme imaginado.

Por último, y antes de llegar a mi destino, estuve un tiempo en el Seminario Claret en Río Claro, también en Sao Paulo; no estaba solo, mi compañero en esta misión, Manuel Luzón, estaba conmigo. En el seminario nos ayudaron a prepararnos para partir. Conocimos a Luis Gouvea de Paula, un seminarista que colaboró mucho con nosotros, y no fue el único. En ese momento la ayuda había sido algo de dinero, paliar nuestras primeras necesidades y todo lo relativo a la mudanza; luego se nos unirían en Sao Félix.

Con mucho esfuerzo cargamos un humilde camión que nos llevaría a nuestro nuevo hogar, un camión sin pretensiones, con pocas pertenencias y con el cual tardamos siete días hasta llegar a nuestro destino.

Con la ilusión adherida a la piel como la tierra roja que ya nos abrazaba, el 30 de ju-





lio de 1968 llegamos a Sao Félix do Araguaia, en el Mato Grosso. El lugar tenía aproximadamente 150.000 kilómetros cuadrados y 100.000 habitantes.

Sao Félix era caluroso, inmenso, poblado de gente y despoblado de toda protección del Estado. Un hermoso río acariciaba tierras coloradas. Las personas se veían sufridas, desprotegidas, con hambre y no solo de comida, sino de vivienda, dignidad, derechos.

46

Apenas llegados, cansados, ilusionados, no tardamos en apreciar a los campesinos e indígenas del lugar.

Empezábamos un camino muy duro, había mucho por hacer, pero yo no tenía miedo; haría lo que fuera necesario para conocer bien la realidad y poder cambiarla y darles una mejor calidad de vida a los que, a partir de ese momento, serían mi gente, mi pueblo, mis amigos.

No tardamos en darnos cuenta de que la ley que más regía era la de las armas de los poderosos, que la justicia y la equidad no existían casi. Enseguida supimos que los dueños de las tierras explotaban a los campesinos y que los indígenas no tenían nada, ni voz ni voto ni derechos; nada.

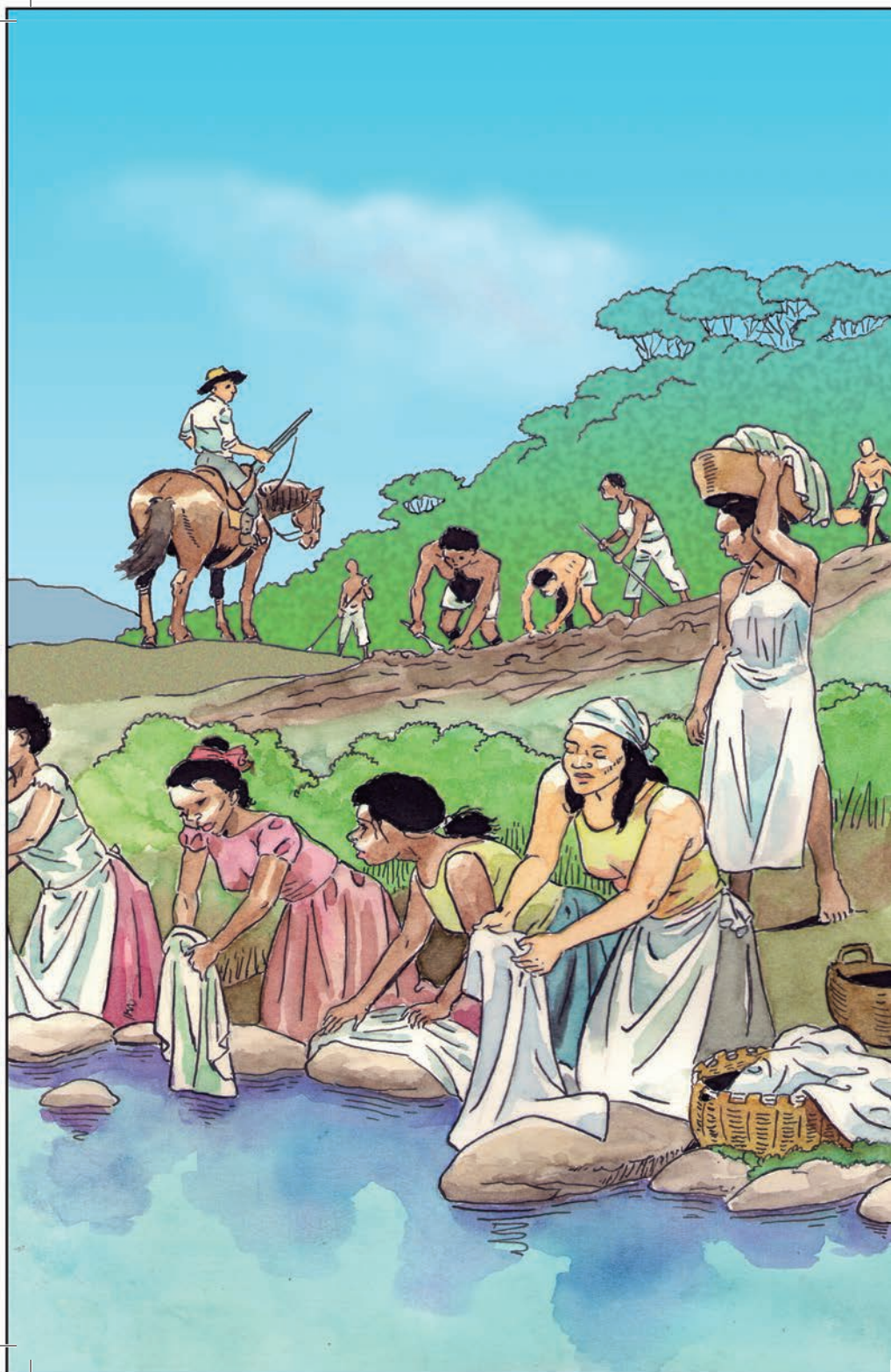
No había hospitales. La gente enfermaba mucho, moría y quien no moría de alguna enfermedad, como la malaria, por ejemplo, moría por las condiciones lamentables en las que trabajaban y vivían o por la violencia que existía en esas tierras.


Desde el principio supe de qué lado estaba y estaría siempre y a quién debía enfrentarme para defender a los desprotegidos.

Nos instalamos en un lugar muy sencillo, había decidido seguir los pasos de un Jesús humilde y pobre.

Teníamos lo justo y necesario, sin lujos ni pretensiones. Poca ropa, muy poca, las comodidades básicas y a pesar del calor no teníamos ni un frigorífico. ¿Por qué tendríamos que tener más que lo imprescindible? Vivíamos austeramente, tal como queríamos vivir; cocinábamos nuestra comida, lavábamos nuestra ropa.

Recuerdo que la primera semana pasaron por nuestro hogar cuatro niños muertos en pequeñas cajas de cartón, aún puedo sentir el dolor de ver semejante atrocidad. Morían de malaria, una de las enfermedades comunes del lugar; no contaban con medicamentos





ni atención. Recuerdo también que le dije a Manuel, mi compañero de misión: «O nos vamos de aquí ahora mismo, o nos suicidamos, o encontramos una solución a todo esto». Por supuesto, optamos por la última alternativa.

Mi mente no descansaba, tenía que organizar mis pensamientos para poder actuar y hacer algo para cambiar la realidad de ese lugar tan castigado. Entonces acudió a mi memoria el método que se había adoptado en una encíclica en 1961 y que consistía en «Ver-Juzgar-Actuar» y eso hice.

El primer año en Sao Félix nuestra principal actividad consistió en visitar los lugares más lejanos para llevar los sacramentos, y también celebrar misas. No es que no valorase esas prácticas, pero mi gran preocupación era volcarme en revertir la situación de los campesinos e indígenas. Intentar solucionar el problema con las tierras, el trabajo, el abuso de poder. Sin embargo, en aquellos encuentros o *desobrigas*, como se llamaban, entendimos aún más a nuestra gente, empezamos a sentir el problema de la tierra.

La situación en Sao Félix era muy difícil; unos pocos ricos poseían las tierras (los *fazen-*